

CAPÍTULO II

LA EVASIÓN

I

ALEA JACTA.

Porfirio Díaz no sólo había resuelto en su ánimo evadirse, sino que expresó formalmente su resolución al Gobierno errante de Juárez, por conducto de un emisario ligado de amistad con el preso desde los primeros tiempos juveniles.

Era aquel niño expósito de San Pedro Teococuilco, hijo adoptivo del cura párroco del mismo lugar, secretario más tarde y compañero de prisión del General Díaz, el Lic. Justo Benítez.....

« Fué capturado conmigo en Oaxaca por los franceses, conducido á Puebla y puesto en libertad en virtud de haber firmado la protesta de neutralidad que los austriacos nos presentaron á todos los prisioneros. Tanto en el Fuerte de Loreto

como en el Convento de Santa Catarina habitamos el mismo cuarto. Duró en la prisión unos cinco meses... »

« Durante mi prisión en el Carolino concerté con él que marchara á los Estados Unidos á desempeñar algunas comisiones por el intermedio de nuestro Ministro en Washington (D. Matías Romero)... Se trataba de obtener con el apoyo del Sr. Juárez que estaba en la frontera del Norte, armas y algunos fondos para hacer la guerra sin exigir mucho de las pequeñas poblaciones donde tenía yo que ejecutar mis primeras operaciones. »...

... « Cuando el Gobierno supo por el Lic. Benítez, llegado á Estados Unidos, mi propósito de evasión, la supuso consumada, renovó en mi favor todas las autorizaciones con que me había honrado en mi primera campaña. » (Porfirio Díaz, *Mem.*)

No era sólo eso ; la prensa de Estados Unidos, siempre pendiente de los asuntos de México, se había hecho eco por muchos de sus órganos, del propósito de evasión de Porfirio, llegando también á darla por verificada. Se le suponía iniciando ya una nueva y vigorosa campaña

Así, el jefe prisionero del Carolino, había tirado los dados de su propia suerte. Tenía que evadirse ó aceptar la imputación de jactancia. Tenía que evadirse ó resignarse á una mortal inacción, cuando ya muchos jefes se rehacían por todo el país, volviendo á la carga contra el Imperio bamboleante.

II

EL PROBLEMA.

¿Cómo evadirse del caserón Jesuíta convertido en prisión militar, con centinelas permanentes en los pasillos, en las azoteas y un cuerpo de guardia vigilando el portón cerrado? Toda esa vigilancia de día y de noche se hacía por personal austriaco... En Santa Catarina el prisionero había luchado en vano contra el grueso muro claustral barrenándolo por su base. No era posible repetir este trabajo en su celda tapiada del Carolino donde el menor golpe de barreta hubiera hecho reforzar las precauciones.

En el cerebro del hombre empezaron á rebullir los recuerdos de escalamiento del muchacho, aquellas repataciones, trepamientos y descensos por las azoteas y muros del Convento de Santo Domingo en Oaxaca. Su hermano Félix no estaba allí para ayudarle (1); pero

(1) El hermano Félix andaba lejos... Después de su activa hostilización contra las columnas francesas que tomaron Oaxaca, Félix Díaz no envuelto en la rendición de la plaza, pero abandonado de muchos de sus guerrilleros, se retiró á Tlacotalpan donde operaba el jefe liberal Alejandro García...

« Por algunas diferencias que tuvo (Félix Díaz) con el General Alejandro García, hice desde mi prisión de Puebla que se retirara á los Estados Unidos, y ofreciera desde allí sus servicios al Gobierno en un núcleo de fuerzas organizadas más militarmente que el de la Costa »... « En Mayo de 65 se embarcó para los Estados Unidos en donde permaneció poco más de un mes, incorporándose después á las fuerzas que escoltaban al Gobierno en Chihuahua, y luego á la línea que mandaba el General Terrazas, Gobernador de aquel Estado. (Porfirio Díaz, *Mem.*)

tenía cuerdas, unas reatas adquiridas á fuerza de astucia, en combinación con un criado fiel, Julian Martínez, en una de sus excursiones al baño con el teniente Schizmandia. A más de las reatas, una daga. Eran sus armas contra los muros del Carolino...

« En la tarde del día 20 había yo añadido y envuelto en forma de esfera tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi saco de equipaje, y una daga perfectamente aguzada y afilada... » (Porf. Díaz, *Mem.*)

III

LA RESOLUCIÓN.

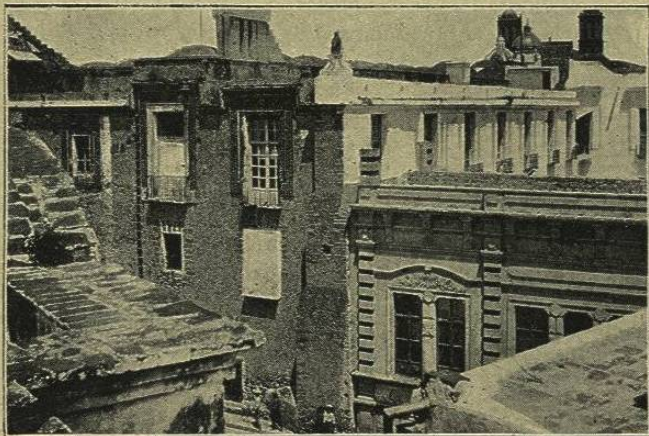
Ha habido muchas dudas sobre la resolución del problema que Porfirio Díaz se propuso en el Carolino (hoy Colegio del Estado) de Puebla.

El Conde de Keratry en su precitada obra dice á este respecto :

« Todo hace sospechar que el mismo Emperador (Maximiliano) arrastrado por un sentimiento generoso, aunque imprudente, había mandado que se facilitase su evasión (la de Porfirio Díaz). »

La presencia en Nueva York del audaz combatiente (hermano del General cuyo nombre resonaba tanto en las noticias sobre la guerra de México) dió lugar á muchas *interviews* en que Félix Díaz agitó las simpatías americanas en favor de México. También él con D. Matias Romero y Justo Benitez, se ocupó de agenciar armas y dinero para la guerra contra la Intervención.

En la ciudad de Puebla abundan los escépticos que consideran como una fábula su evasión por desprendimiento... « Ca! si salió por la puerta! » Cuando el General Díaz fué, no hace mucho tiempo á ciertas fiestas de la Angélica, algunos entusiastas propusieron



Puebla. — El antiguo Colegio Carolino (hoy del Estado). Esquina sobre el callejón de Alatríste, por donde se evadió el general Díaz en la noche del 20 de Septiembre de 1865.

fijar una placa conmemorativa de su evasión en el punto mismo del Carolino por donde se dice que descendió á la calle... Entonces deliberaron misteriosamente algunos altos dignatarios poblanos, incluso el Gobernador... y decidieron *sotto voce* : que no era cosa

demostrada la evasión descendente por el punto aquel del Carolino, y por lo tanto no había lugar á placa.

La incredulidad ha venido por varios motivos, entre los cuales descuellan : 1º La altura respetable de las azoteas del Carolino. Del primer piso (en que estaba la celda de Porfirio, al lado del primer patio sobre la calle de la Aduana) la ascensión representa unos 7 metros de elevación ; de la azotea al suelo de la calle el descenso tiene que evaluarse en más de 14 metros. 2º Las relaciones de varias historias han sido hechas con poca precisión. Los autores no se han dado la pena de reconocer las azoteas ni los puntos de ascensión y descenso, ni el trayecto en ellas recorrido, ni las modificaciones que ha tenido el edificio del tiempo de la evasión al tiempo del relato. Queriendo multiplicar detalles, han incurrido en pequeñas inexactitudes acabando por dar al hecho visos novelescos.

En sus rasgos salientes, el hecho se reduce á esto : por un espacio destechado que había al límite Poniente del edificio, el General Díaz lanzó su reata para lazar una canal. Por esa reata hizo una ascensión relativamente fácil para un gimnasta ejercitado en el *calabrote* ; llega á la azotea, y arrastrándose por entre las boveditas de las celdas (burlando la vigilancia de un centinela apostado en lo alto del templo adyacente) se mueve de Sur á Norte, luego de Norte á Oriente. En este camino angular se detuvo en una azotehuela que ya no existe y que correspondía á una *casa del capellán* suprimida también en una de tantas transformaciones.

Busca un punto de apoyo para desprenderse al exterior por sus reatas anudadas y ese punto no fué más que una tosca esculturita, un *San Vicente Ferrer* que todavía se ve, envuelto en su capa de piedra, en un ángulo del muro Oriente sobre el callejón de Alatríste. Sujeta un extremo de sus reatas en torno de la base del Santo, y baja por la cuerda, no directamente á la calle, sino á un solar que hoy es espacio vacío entre el gran edificio y un gimnasio escolar de nueva construcción. Desde el borde del pequeño muro de este solar, observa el callejón y la calle vecinos. En el momento propicio para sustraerse á la persecución de un guarda nocturno bajó de la cresta del pequeño muro á la calle (tarea sencilla para uno que acababa de escalar muros gigantes) y se encontró en la acera del hoy callejón de Alatríste... La primera parte de la liberación estaba hecha.

IV

DETALLES DE LA EVASIÓN.

El mismo General Díaz (en una de sus conversaciones con D. Matías Romero) los ha dado, corrigiendo muchos de los que figuran en sus biografías :

« ... El Teniente Coronel Guillermo Palomino y el Mayor Don Juan de la Luz Enríquez mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes á todos los prisioneros la noche en que me evadí para evitar que anduvieran por los corredores... »

« Después del toque de silencio me fuí á un salón destechado, convertido por esa circunstancia en azotehuela, donde no llamaba la atención de los centinelas por estar allí los excusados. Llevaba conmigo las tres reatas envueltas en un lienzo, las arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé una canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con muchas dificultades porque no podía distinguir bien la citada canal, dado que no había más luz que la de las estrellas de una noche muy oscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo, y luego subí por la cuerda á la azotea ; quité en seguida la cuerda que me había servido para subir y recogí las tres que había tirado de antemano. »

« Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque (1) punto escogido en mi proyecto para mi descenso era muy peligrosa, porque en la azotea del templo que dominaba todo el convento había un destacamento y un centinela que tenían por objeto vigilarnos de las alturas. Toda la azotea está formada por boveditas que corresponden á cada una de las celdas. Deslizándome entre las medias esferas y arrastrándome pecho á tierra fué como anduve buscando el punto para el descenso »... (Así pudo ocultarse del centinela que veía pasear arriba del templo)... « Á menudo tenía que suspender mi marcha y explorar con el tacto el terreno, porque había sobre las azoteas muchos pequeños pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos... Además, eran muy frecuentes los relámpagos á cuya luz podía ser descubierto. Llegué, por fin, á tocar el muro del templo, y como allí no podía verme ya el centinela sino inclinándose mucho, seguí de pie y fuí á asomarme á una gran

(1) La Iglesia de San Roque está situada cerca de la esquina por donde se desprendió el General Díaz en la prolongación de la calle *Bovedas de la Compañía* que flanquea al Carolino por el Norte. La callejuela en relación con la esculturita de San Vicente Ferrer (á la *espalda* del edificio ó sea su lado Oriente) se llama hoy *Callejón de Alatríste* y así le llaman diversas biografías. ¿ Se llamó en tiempo de la evasión, *San Roque* ó cómo?... Que respondan los onomoclastas poblanos !

ventana que daba á la guardia de prevención, con objeto de ver si habia alguna alarma. — Corrí allí peligro... la ventana cedió abriéndose á un ligero empuje... El piso era muy inclinado y resbaladizo por las lluvias frecuentes, y sin poderlo remediar resbalé, habiendo estado á punto de rodar al precipicio. »

« Para llegar á la esquina de la calle de San Roque por dondè me habia propuesto descender, era necesario pasar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes ante la Corte Marcial á los presos políticos que habian hecho una horadación que fué á dar á esa casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente. »

« Bajé á la azotehuela de la casa del capellán en momentos en que entraba un joven que vivía en ella y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareaba una pieza. Esperé que se metiera á su cuarto y á poco salió con una vela encendida y se acercó al lugar donde yo estaba »... (Había en ese lugar excusados) — « Me escondí para que no me viera á su paso y esperé á que regresara. Cuando consideré que habia tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea del convento por el lado opuesto al que me habia servido para bajar y seguí mi camino á la anhelada esquina de San Roque á la cual llegué al fin. »

« Hay en ella una estatua de piedra de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba al tocarlo; pero tenía probablemente una espiga de hierro que lo sostuviera. Para mayor seguridad no fijé la cuerda en él sino en la piedra que le servía de pedestal y que me pareció bien fija. »

« Pensé que si descendía yo de esa esquina para la calle directamente, podía ser visto por algún transeunte en el acto de descolgarme por la cuerda, y por ese motivo me propuse bajar previamente hacia un lote que estaba solamente cercado sin saber que allí habia una chiquera de marranos. »

« Como al comenzar á descender, giraba un poco la cuerda, el roce que sufría yo por la espalda ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón se saliera de la vaina, cayendo sobre los cochinos é hiriendo probablemente á alguno, porque hicieron mucho ruido, todavía más cuando me vieron descender entre ellos. Tuve que dejar pasar un rato para que se aquietaran... Subí luego á la cerca del lote que daba á la calle; y tuve que retroceder repentinamente, porque en esos momentos pasaba un gendarme haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se hubo retirado, salté á la calle... » (Porf. Díaz, *Mem.*)

El autor de este libro, visitando la azotea del Carolino, se ha asomado al callejón de Alatríste por la barda coronada con la estatuita de San Vicente, y no obstante estar habituado á los 6º y 7º pisos de las casas europeas, al contemplar aquel murallón pelado por la parte que corresponde al lote donde se agitaron los cerdos, no ha podido sustraerse á una sensación de vértigo... Ha hecho además, mediresa altura la cual (de la acera que ve al Oriente, del Callejón de Alatríste, á la esquina de la azotea) es de *catorce metros quince centímetros*, sin contar la columnita basal ó *peana*; ella y el santo miden juntos *dos metros*.

V

LAS CARTAS DEL EVADIDO.

Los biógrafos hablan con vaguedad de ciertas *cartas de despedida* dejadas por el evadido del Carolino. Con